



BOLETIN ECLESIASTICO
DEL
Obispado de Astorga

SUMARIO: I. Secretaría de Cámara y Gobierno: Circular.—II. Instrucciones para la enajenación de bienes eclesiásticos.—III. Discursos del Papa y del cardenal Vannutelli con ocasión del Congreso Eucarístico de Roma.—IV. Conferencias morales y litúrgicas.

Secretaría de Cámara y Gobierno

CIRCULAR

De orden de Su Excia. Ilma., el Obispo mi Señor, se llama la atención de los reverendos señores curas párrocos y encargados de iglesia acerca del contenido de la carta que el Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad ha dirigido a los Excmos. Sres. Arzobispos de España, y que se inserta en este número del *Boletín* para su exacto cumplimiento.

Astorga 29 de julio de 1922.

Lic. José Huertas Lanche.

Can. Srio.

7-226-5

Arzobispado de Valladolid

Del Excmo. y Rvmo. señor arzobispo de Valladolid, nuestro dignísimo metropolitano, se ha recibido la muy interesante carta que para conocimiento del clero diocesano se inserta a continuación.

Valladolid 15 de Julio de 1922.

Excmo. y Revmo. Sr. Obispo de Astorga.

Mi venerado Hermano y querido amigo: Del excellentísimo y Rvmo. Sr. Nuncio de S. S. he recibido la siguiente carta =N.º 643.= Madrid 7 de Julio de 1922. —A los Emmos. Sres. Cardenales y a los Excmos. y Rvmos. Arzobispos de España.=En varias ocasiones esta Nunciatura Apostólica ha dirigido a los señores Obispos atentas Circulares con el principal objeto de excitar su celo en la conservación del caudal artístico que posee la Iglesia española. Así se hizo en 11 de Abril de 1911 y 21 de Junio de 1914.—Como era de esperar, los Sres. Obispos han respondido con una solicitud y diligencia digna de todo encomio a las invitaciones de la Nunciatura, y hoy es ya raro el caso de tener que lamentar sorpresas irremediabiles.—Mas se Nos ha comunicado estos días por conducto muy respetable, la alarmante noticia de haberse organizado unos anticuarios extranjeros, con el propósito de adquirir en las iglesias, donde las haya, pinturas murales antiguas y llevarlas al extranjero. — No se escapa a la penetración de V. E. Rvma. el peligro que esto significa para el patrimonio artístico de la Iglesia y para los intereses culturales de la Nación. Ello me obliga a dirigirme a V. E. rogándole encarecidamente que con toda urgencia se tomen medidas eficaces, que pongan al abrigo de todo riesgo los tesoros de arte retrospectivo que

posee la Iglesia de España. —Para que ninguno sea sorprendido en su buena fé, ni bajo ningún pretexto, por los procedimientos técnicos especiales que suelen usar estos anticuarios, conviene recordar a todos los que están al frente de alguna iglesia o casa religiosa la severidad tradicional de las leyes eclesiásticas en esta materia. Conviene que sepan que todos los objetos de mérito histórico o de valor artístico, *cualquiera que sea su justiprecio en venta*, vienen comprendidos en el Derecho bajo la denominación de *res pretiosae*, y estas no pueden enajenarse sin la autorización de la Santa Sede según prescriben los cánones 534 §1, 1281 §1, 1532 §1. —Espero, pues, E. Rvma., de su actividad y reconocido celo que por el prestigio de la Iglesia y de España, sin pérdida de tiempo, dirigirá un aviso de alerta a los señores Obispos Sufragáneos, para que ellos a su vez tomen las medidas que crean más conducentes a evitar posibles enajenaciones, gravemente sancionadas por la Iglesia en el canon 2347. Si en algún caso particular, por circunstancias excepcionales, hubiera razones que aconsejaran la enajenación de algún objeto de arte antiguo, pueden los Rvms. Prelados exponer estas razones y aquellas circunstancias a esta Nunciatura, que Ella proveerá lo más conveniente al bien de la Iglesia y al honor y prestigios culturales de la Nación española. —Con esta ocasión me es muy grato reiterar a V. E. Rvma. mis profundos sentimientos de respeto y alta estima. —*Federico Tedeschini, Nuncio Apostólico* —Con tal motivo me es muy grato reiterarme de V. E. afmo. Hermano y amigo q. e. s. m. —*El Arzobispo.*

Congreso Eucarístico Internacional de Roma

Dos discursos

I. Del Emmo. Cardenal Vannutelli, Decano del Sacro Colegio.

Beatísimo Padre:

Ante vuestra augusta presencia, en este momento sagrado y solemne, da comienzo el XXVI Congreso Eucarístico Internacional con fiestas grandiosas que reflejan el júbilo de esta Ciudad Eterna.

No se trata únicamente de un nuevo Congreso que ahora se inicia; es toda una nueva serie de Congresos Eucarísticos que se abre bajo vuestros gloriosos auspicios, Beatísimo Padre, después que por más de un septenio sufrió un paréntesis aquella serie antigua, que tantos bienes produjo en favor de la sociedad humana y cristiana.

Por seis veces, en los más gloriosos de tales Congresos, mi humilde persona fué destinada a representar la persona augusta del Vicario de Cristo, en calidad de Legado de la Sede Apostólica; y yo lo cuento entre las gracias más exquisitas que he recibido de la Divina Bondad y al mismo tiempo entre los recuerdos más consoladores de la ya larga carrera de mi vida. Pero a estos pretéritos consuelos supera el presente, que me ofrece la dicha inefable de una misión análoga en el Congreso XXVI, tan superior a todos los precedentes por razón de una participación más inmediata y de la dirección suprema del propio Vicario de Jesucristo. Pues así como Vuestra Santidad honra personalmente en este instante su solemne apertura, así continuará de igual manera animando, con una no interrumpida presencia espiritual, todo su desarrollo

subsiguiente, y en especial las solemnes manifestaciones de fe y de amor hacia Jesús Sacramentado.

Ellas son, en efecto, actos extraordinarios de culto y oración que constituyen el fruto primordial del Congreso, siendo a la vez su finalidad inmediata. ¿No están, por ventura, ordenados los Congresos Eucarísticos primeramente a rendir a Jesús Sacramentado el pleito homenaje que a Dios es debido --la adoración--, y esta, no solo privada e individual, sino social y pública, a pesar del velo misterioso que oculta la divinidad en el inefable Sacramento del amor?

Desgraciadamente pocos entre nuestros contemporáneos, y aun la misma representación oficial de las naciones, han querido en mala hora desterrar a Dios y a su Iglesia de la sociedad, negando a Dios las manifestaciones solemnes del culto social; negando el acatamiento a sus misterios; negando la luz de su revelación; prefiriendo a esa luz y a la vida del espíritu las tinieblas de la incredulidad, la indiferencia o la apostasía religiosa.

Es un mérito de los Congresos Eucarísticos buscar de alguna manera reparación y remedio a tan triste desviación, a guisa de protesta colectiva del pueblo fiel en contra de la apostasía de sus representantes oficiales en la vida civil.

Ahora bien; tal protesta no fué jamás tan solemne como lo es hoy en la Roma eterna, metrópoli del mundo cristiano, al acoger en sus brazos maternos las multitudes inmensas de fieles que han acudido de todas las partes del mundo a representar, en torno del Padre común la familia entera del pueblo cristiano, que quiere estar presente en espíritu y participar de la glorificación extraordinaria de su verdadero *Emma*.

nuel, Dios en medio de nosotros, bajo los cendales eucarísticos.

Por consiguiente, a la apostasía social nosotros oponemos el triunfo social de Nuestro Señor Jesucristo; a la indiferencia social la profesión social y pública de nuestra fe y del culto que Le es debido; a la incredulidad y espíritu de independencia el reconocimiento filial de su soberanía excelsa, de la cual provienen las otras, que, sólo en ella basadas, encuentran su legitimidad y valor. ¡Ojala el público tributo de nuestra sumisión recuerde al mundo entero que todos, señores y súbditos, pueblo y gobiernos, si pretenden seriamente hallar la paz y la salvación, han de reconocer al fin y proclamar de consuno a Cristo como Rey eterno y Señor universal: *Rex regum et Dominus dominantium*, como recientemente afirmó Vuestra Santidad ante la asamblea de los consejeros elegidos por las Naciones!

Además de esto, nos proponemos rendir al Corazón Eucarístico de Jesús otro homenaje, no menos obligatorio, necesario y sagrado: el de la gratitud. Homenaje *eucarístico* por excelencia, con el cual queremos darle gracias por todos los beneficios que su divina bondad nos ha dispensado, sean naturales, particulares o comunes, como los concedidos en los calamitosos años transcurridos o en la angustiosa hora presente; y sobre todo, por los admirables tesoros contenidos en el Sacramento de su amor, memorial y al propio tiempo renovación perenne del alimento divino que nos diera: *Memoriam fecit mirabilium suorum, escam dedit timentibus se*.

Tal homenaje de gratitud es también el acto más noble de propiciación a la majestad divina, la impetración más eficaz de los beneficios futuros. He aquí

por qué hasta el trono del Altísimo ascenderá unánimemente la voz del arrepentimiento y de la plegaria. No existe hoy, ciertamente, nación ni ciudad, familia ni individuo, que no experimente la angustiosa opresión de las universales desgracias; que no sienta la necesidad del auxilio de lo alto. Pero no todos lo confiesan; se contentan muchos con invocar a Dios orando secretamente en el santuario de la conciencia, en la intimidad de la familia. Esto no basta. La oración ha de ser pública, unánime, colectiva de toda la familia cristiana, y de esta suerte apta para impetrar, confiando en los méritos del Redentor, todos los bienes necesarios a los individuos y a la sociedad.

Entre estos bienes sobresalen precisamente aquellos que tienen su significación mística en los santos misterios eucarísticos, y para obtener los cuales Vuestra Santidad ha inculcado repetidas veces que se pidan a Dios en oración fervorosa; es decir, los dones de la unidad y de la paz, *quae sub oblatis muneribus mystice designantur*, según canta la Santa Iglesia; unidad y paz espiritual y religiosa ante todo; pero también unidad y paz temporal y civil, de que está tan sedienta la atribulada Europa, a fin de que, aquietadas las pasiones, las rivalidades, los odios y las desconfianzas mútuas *sic transeamus per bona temporalia ut non amittamus aeterna*.

Invocaremos esta concordia en pro de las naciones todas, aunque estén separadas de la comunión católica, para que de todos se forme en definitiva *unum ovile et unus pastor*; y la invocaremos en particular por aquellos pueblos más caros a Vuestro corazón, puesto que están más atribulados y más próximos a nuestra fe, participando de los mismos santos misterios, pueblos de la extrema Europa y del lejano Oriente. Con

el mismo cariño abrazaremos con espíritu de caridad a los pueblos sumidos aún en las tinieblas de la infidelidad y desconocedores del Dios verdadero. También sobre ellos hemos de invocar las luces celestiales y los poderosos atractivos de la divina gracia.

¡Plegue a Dios que nuestro Congreso Eucarístico pueda ser el preludio oportuno de las fiestas centenarias de la Sagrada Congregación de «Propaganda Fide» y de la glorificación de los más grandes promotores de las misiones entre los infieles en la edad moderna! ¡Ojalá se sientan más dulces que nunca, y a la vez más estrechos, los vínculos de la única verdadera fraternidad cristiana cerca del Padre común en torno de la misma mesa, y prorrumpan todos los corazones en el mismo alegre grito: *Quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!*

Para que se alcancen plenamente estos frutos anhelados, descienda sobre nosotros, Beatísimo Padre, la Bendición Apostólica que sobre el Congreso y promotores humildemente implora el Cardenal Protector de la Obra, rindiendo al mismo tiempo a Vuestros pies el homenaje de los más fervorosos y reverentes hacimientos de gracias por la paternal solemne prueba de alta consideración con la cual en este día, en la aurora aún de vuestro pontificado, honráis y estimuláis periódicas asambleas eucarísticas.

*
*
*

II. El discurso del Papa

Terminado el discurso del Cardenal Vannutelli, Pío XI se levanta y exclama:

—«¡Alabado sea Jesucristo!».

—«Por siempre sea alabado» —responde la multitud.

—«Que sea bendito y alabado el Corazón de Jesús en

el Santísimo Sacramento!» —replica el Papa. Y prosigue:

«Muy oportunamente, Eminentísimo Cardenal Protector, Vos, a quien yo llamaría gustoso el heraldo pontificio predestinado de estas asambleas eucarísticas, habéis hecho notar que una serie no interrumpida de 25 Congresos había precedido al presente, y que, después de un largo intervalo impuesto por la terrible guerra y sus enormes convulsiones, por el terrible azote de sangre, de fuego y de lágrimas infligido a la pobre humanidad, este vigésimo sexto Congreso inaugura una nueva serie.

«A todo lo que comienza y también a todo lo que recomienza se adhiere un carácter de solemnidad y de grandeza que es garantía del porvenir. Estamos seguros de no engañarnos en considerar la circunstancia que acaba de ser notada como verdaderamente digna de retener nuestra atención y ver en ella un motivo para concebir las más bellas esperanzas. Quiero decir que, realmente, la continuación de la gloriosa serie de los Congresos Eucarísticos debe recomenzar y recomenzará por la gracia de Dios y por la bondad infinita del Corazón Eucarístico de Jesús, la total pacificación, que es la primera condición social. Es en el retorno de la sociedad a Jesucristo, en el retorno de Jesucristo al seno de la sociedad, donde se debe buscar la fuente de esa regeneración que es la esencia misma, la substancia más verdadera y más sólida de toda otra reconstrucción y reconstitución.

«La soberbia y el orgullo del espíritu humano han arrojado, relegado y desterrado a Jesús lejos de la sociedad, en sus tabernáculos solitarios; el afán encarnizado, exclusivo de los bienes terrenales ha exasperado los corazones y ha fomentado los recíprocos en-

conos. Así Jesús se ha visto alejado de la humanidad y así de un mismo golpe la sociedad ha perdido la paz.

»¿Dónde está el remedio? Está en la Eucaristía, en el solemne reconocimiento del más santo de todos los santos sacramentos, la más divina de todas las cosas divinas. Es aquí donde el espíritu humano se humilla ante la majestad de Dios y le ofrenda el homenaje de la fe, que cree y no ve, pero que adora; es en el culto de este sacramento, en la adoración y la acción de gracias, en la propiciación y en la oración suplicante donde las almas se ablandan y se encuentran realmente hermanos Filemón y Quésimo, los grandes y los pequeños, los dueños y sus servidores, los gobernantes y sus gobernados.

»Sí, solamente Jesús Hostia puede traer la paz que todos continúan buscando, puesto que ella aún no ha comenzado a cubrir con sus blancas alas la sociedad agitada, la paz que el mundo no puede dar, porque sólo puede ofrecernos bienes indignos del corazón humano e insuficientes para su contentamiento; esta paz solamente Jesús sacramentado puede darla.

»Vosotros habéis invitado a Jesús, y Él viene a vuestro encuentro. Rompiendo el silencio del tabernáculo reaparece nuevamente entre los hombres y he aquí que la paz llega de nuevo al mundo. No la imagen de la paz, sino la realidad viva de la paz que el mundo no puede dar, pero que tampoco puede arrebatarnos.

»Vosotros sois la verdadera paz, vosotros venidos de todas las partes del mundo, de todos los países sobre los cuales se desencadenaba ayer mismo la terrible guerra; vosotros que habeis venido, olvidando el pasado y recordando sólo los vínculos de la unidad que os aunan en la fe y en la caridad de Jesucristo,

»Mis caras hijas de la Federación Internacional católica femenina habían ya dado una señal elocuente de estas cosas magníficas. Ellas, las mujeres cristianas, son siempre las primeras lo mismo al sepulcro que al pié de la cruz. Vosotros, amados hijos, las habéis seguido en una masa imponente, en una hermosa y solemne representación de todos aquellos que os han seguido en espíritu; ¡soberbio vuelo de almas que aquí acuden para reposar sobre esta tierra santificada por la sangre de los mártires, en esta Roma por la cual Cristo es romano....».

(Los aplausos interrumpen al augusto orador, que inmediatamente continúa)

... «En esta Roma que precisamente a causa de esta divina realidad es la patria de todas las almas cristianas, cualquiera que sea la parte en que habiten y cualquiera que sea la latitud donde oren.

»Sed, pues, bienvenidos a la casa del padre, a la casa de la paz, de aquella paz que todos queremos, y de la cual todos sentimos más o menos distintamente la necesidad, los unos en la clara luz de la fe, los otros en esta suerte de instinto que busca la salud allí solamente de donde puede venir, todos en el mismo reconocimiento de la necesidad de que la sociedad vuelva a Dios y Dios vuelva a la sociedad.

»Y Dios volverá. Vosotros, amados hijos, le haréis volver, vosotros, que le abriréis las puertas del alma y de vuestro corazón, de vuestra familia y de vuestra patria. Todas las puertas se abrirán ante el dulce imperio de vuestra fe y el ejemplo bienhechor de vuestra piedad. Pero todo esto está ya obtenido. Vuestra presencia Nos da ya una consoladora seguridad. Ya os veo desplegar vuestro soberbio cortejo a través de las históricas calles de la Ciudad eterna, y en medio de vos-

otros avanza el Rey inmortal de los siglos. Habéis hecho violencia al corazón de Dios, le habéis hecho salir de su tabernáculo; le habéis dicho: *intende, prospere procede et regna*» (Nuevos aplausos).

«Avanza y reina en vuestros corazones, y por vuestra mediación reina en todas partes, y pasa con vuestro cortejo por las calles tan llenas de acontecimientos y de pensamientos. El pasará, y sus ojos eucarísticos verán otra vez los lugares bañados con la sangre de los mártires: y en la gloria de vuestra adoración verá la santificación de su ciudad. He aquí a Jesús otra vez entre su pueblo. Doquiera que en lo futuro se celebre un Congreso eucarístico, sea en una grande ciudad o en un modesto villorrio, Jesús penetrará triunfante en lo íntimo de la vida humana, no sólo en la vida privada e individual, más también en la vida pública, a la plena luz del sol, en la ancha corriente de los acontecimientos humanos. Grandes cosas son estas; por ellas debemos dar gracias al Señor, y sacar buenos auspicios para lo futuro. Jesús reinará; El volverá al sitio que le corresponde, al que sus derechos eternos le asignan, al que le llama la voz de sus hijos, vuestra voz, ¡oh hijos dilectísimos!

»Estamos en el santo mes de Mayo, en el mes de María Santísima. Vuestro Congreso y vuestros trabajos se despliegan en el mes consagrado a Ella, en el recuerdo de toda aquella belleza y suavidad y fuerza moral, de la cual es Ella altísimo símbolo. Y hoy es el día de María Auxiliadora, el día que recuerda el inmenso auxilio que María ha prestado siempre a su pueblo, la armada musulmana derrotada en Lepanto, el Vicario de Cristo reconducido por la mano de María a esta su Roma, de donde la violencia le había desterrado.

»Y también ahora me parece ver, como en visión fascinadora, a María acompañando ella misma por las calles de Roma a Jesús, que es nuestro Jesús. A vosotros, hijos míos muy amados, os será dado el grande honor de acompañar a Jesús y a María. El espectáculo de nuestra caridad pacífica ha dado honra a Jesús y ha hecho exclamar a los paganos de hoy: «¡mirad cómo se aman!». Igualmente, que vuestra piedad, vuestra devoción y el espectáculo de vuestra fe digan a todos, presentes y lejanos, a vuestros contemporáneos y a las generaciones futuras que el Congreso Eucarístico de Roma no ha sido indigno de la santidad y de la grandeza de esta Ciudad tan cara al Corazón de Jesús.

»Vuestra edificación, con la bendición muy presente de Jesús, obre, como un ejemplo estimulante, sobre los corazones y las almas, para que sean dulcemente conducidos a la luminosa corriente de vuestra fe, para gloria de María y de Jesús, rey inmortal de los siglos. Puede así el Corazón de Jesús ser grandemente glorificado, como lo había sido por la generosa confesión de los mártires, cuyas tumbas y reliquias habéis venido a venerar.

»Que la bendición de Dios descienda sobre vosotros, sobre vuestros trabajos, sobre cuanto haréis para la exaltación de Jesús en la Eucaristía, y sea de ella signo y prenda la bendición apostólica, que con el corazón reconocido a Dios que os ha reunido, y reconocido a vosotros que habéis venido, os damos con toda la efusión de Nuestra alma paternal».

Collationes morales pro mense Augusti

I.

De persona Filii.—Utrum secunda S. Trinitatis persona sit verus Deus ac Patri consubstantialis.—Quidnam Verbi divinitatem inficiati sunt?

Voti definitio et divisio.—Conditiones ad validitatem voti tam ex parte voventis, quam ex parte materiae.—An valeat votum factum cum ignorantia aut inadvertentia obligationis, vel ex errore aut metu emissum.—Utrum valeat votum de materia iam aliunde praecepta, vel votum non peccandi.—An et quomodo votum obliget. Quenam materia censeatur gravis et quae levis.—Utrum vota possint obligare alium quam voventem, et ab alio quam ab ipso adimpleri?.

CASUS.

Aemilius se accusat quod multoties fregerit vota, et interrogatus a confessario respondet: Cum graviter aegrotarem dixi: Concede mihi, Domine, salutem, et caste vivam.—Alias protuli coram beata Virgine haec verba: Virginitatem meam Vobis promitto in perpetuum, etiamque metu mortis in religionem Carthusianam ingressurum. A periculo infirmitatis ereptus, et tunc cognoscens in praedicto ordine perpetuam abstinentiam a carnibus servandam esse, sese horrescit et exclamavit: si hoc cognovissem, tale votum non fecissem. Videns etiam suam in libidinem proclivitatem dubitat de voti castitatis validitate, sicut de ingrediendi in Carthusianum ordinem aliudque emittit votum nubendi.—Aliis in occasionibus plura vovit sicut ieiunare (quod non adimplet, ait, ex nimio labore), eleee-

mosynam erogare, Sanctissimum Sacramentum visitare, quae omnia multoties omittit. — Tandem vovet religionem ingredi metu fratris impulsus, qui ei mortem imminatur nisi religiosus fiat. Aemilius a confessario petit ut commutare, dispensare haec vota velit vel dispensationem ab his obtinere.

Quaer. Quot vota valide fecerit Aemilius; quot peccata tum mortalia tum venialia ex omissione commiserit, et quid faciendum a confessario quoad commutationem et dispensationem?

QUAESTIO LITURGICA

Quando in Missa oratio Smi. Sacramenti dici possit. — Quando dici *debeat* et quando prohibita sit. — Quid de oratione *pro seipso sacerdote* in anniversario propriae ordinationis. — Quomodo computari debeat anniversarium. — Quibus in Missis locum non habeat.

II.

De persona Spiritus sancti. — Utrum tertia S. Trinitatis persona sit verus Deus. — Utrum ex Patre Filioque procedat.

Quibus de causis voti obligatio cessare possit. — Irritationis voti notio et divisio. — Quid sit votorum dispensatio et commutatio et quotuplex. — Quinam possint valide et licite vota irritare, dispensare et commutare. — Utrum ad haec requiratur causa. — Vota reservata.

CASUS.

Flavius, vir dives et prole carens, observat, a) uxorem suam quod cotidie per plures horas in ecclesia permanere, b) Bernardum, ejus pupillum, annorum 14

Sacram vovere Communionem, atque peregrinare, etiamque c) ancillas suas, curam domus relinquentes, piis exercitiis se tradere; et quaerens modum cum suis recte agendi, audit ab uxore, eam omnes induxisse ut se obstrinxerint ad haec pia opera peragenda. Tunc maritus ait: scitote haec omnia vota vestra ab hac die irrita manere. Sed Bernardus pupillus a tutore licentiam postulat piam peregrinationem vovendi ad civitatem Compostellanam. Annuit tutor; postea tamen licentiam revocans novum pupilli votum irritat. Ipse Flavius voto promisit extruere templum, si prole bearetur. Adeo exauditus fuit, ut hora mortis septem filios haberet. Eius testamento reserato, haeredes plura alia legata etiam reperiunt, ex quorum executione eorum legitima laeditur.

Quaer. I. An vota uxoris et ancillarum, etiam ultimum quod cum licentia tutoris pupillus emisit, fuerint irrita?

II. An haeredes Favii ad pia legata teneantur cum laesione partis legitimae?

QUAESTIO LITURGICA

De exequiis.— Quibus vestibus indui debet sacerdos, aut cuiusvis ordinis clericus defunctus.—Utrum clerici possint cadavera laicorum deferre.—Quomodo ponenda sunt in Ecclesia corpora defunctorum.—Quomodo ordinari debeat processio in conductione cadaverum.—Ritus et modus faciendi Officium mortuorum.—Tonus in quo cantari debent orationes in Officio et Missa defunctorum.